



## **SÍNTESIS DE LA FASE DIOCESANA DEL SÍNODO**

---

### **RELECTURA DE LA EXPERIENCIA SINODAL**

#### **La experiencia inicial**

Constatamos que la experiencia vivida ha sido el primer fruto positivo del sínodo. Nos referimos a un acontecimiento que ha sido vivido como un momento iluminado por el Espíritu Santo, y por tanto, de crecimiento en la responsabilidad misionera y en la conciencia de pertenencia eclesial.

La experiencia de compartir y escuchar, en pequeños grupos y en las asambleas, las respuestas a las preguntas que se ofrecían, ha sido un buen apoyo para poder rezar aún más a Dios por nuestra Iglesia, por el sentido profundo de lo que significa vivir la comunión, por una participación más coherente en la vida de nuestras comunidades, y por recuperar un mayor entusiasmo en la misión encomendada.

La experiencia sinodal que hemos vivido, con intensidades diversas según los lugares, nos ha ayudado a darnos cuenta con contundencia de que somos una parte del pueblo de Dios que hace camino en la diócesis de Sant Feliu de Llobregat. Hay que reconocer que este tono de entusiasmo no ha sido inmediato ni espontáneo, debido a la poca práctica sinodal, a algunas inercias pastorales, más propias del desencanto misionero que de una motivación profunda de la fe, así como a la dificultad para hacer un ejercicio de discernimiento sensato.

Con todo, podemos afirmar que quienes han podido participar se han manifestado con libertad y comodidad. No siempre se ha podido llegar a los más alejados, pero ha quedado siempre abierta esta necesidad de implicar con más acierto a aquellos que no participan tanto de la vida de la Iglesia.

#### **Algunos datos-marco**

Nuestra diócesis está organizada en dos vicarías, que en total contienen nueve arciprestazgos, ciento veintitrés parroquias, ciento tres presbíteros, diecinueve diáconos, treinta y siete congregaciones religiosas, y una población total ligeramente superior a 1.000.000 de personas, repartidas básicamente en dos realidades geográficas, la rural y la de las poblaciones grandes, aquellas que son periféricas respecto a Barcelona.<sup>1</sup>

El número total de parroquias que han presentado su aportación sinodal es de ciento veintitrés. Y de estas cien han podido realizar una asamblea parroquial. Hay que decir que algunas parroquias han compartido esa experiencia de la asamblea. El trabajo en grupos ha ido precedido de diversas iniciativas parroquiales, todas con la intención de informar y formar, desde charlas de divulgación, a noticias compartidas en las publicaciones de las hojas parroquiales, actividades de divulgación y de animación, carteles y pancartas para sensibilizar y animar a las comunidades a una mayor participación, anuncios al final de las celebraciones, reuniones a propósito en los diferentes órganos pastorales (consejos parroquiales,

---

<sup>1</sup> Según la estadística de 2021, facilitada para el anuario pontificio de 2022.

consejos arciprestales, reuniones de presbíteros), grupos de trabajo *ad hoc* y testimonios diversos sobre la pertenencia eclesial y la misión.

### **El impacto de la sinodalidad**

Sin voluntad de caer en apreciaciones muy generales y algo imprecisas, hay que reconocer que el tono general ha sido muy positivo en toda la diócesis. La nota dominante ha sido reconocer que la sinodalidad ha sido una invitación muy firme a crecer en la fe. Se ha visto con buenos ojos, sin poder entender la sinodalidad de forma plena, la importancia y la relevancia de esta propuesta. De modo que la idea de continuar este proceso de habla y escucha, se ha visto como un estilo que debería definirnos más como Iglesia, y habría que, no sólo hacer más extensiva esta dinámica, sino repetirla de forma periódica.

El impacto también puede tener otra lectura. Nos referimos a la comprensión en la que se generan más interrogantes, ¿qué sentido tiene un sínodo?, ¿cuál es su objetivo?, ¿hasta qué punto se llegará a integrar esta práctica en la vida de la Iglesia? Las inquietudes pastorales a veces no han permitido dar este paso de una mayor confianza en el Espíritu, y de poder conocer con más serenidad aquellos que son diferentes, o bien aprender de los demás, o bien no juzgar a los demás precipitadamente, o bien no acabar por imponer los propios criterios.

Por eso el impacto ha sido diverso, pero en el fondo, se puede decir que nos hemos encontrado con un «un baño de realidad». Ésta no es fácil de digerir, porque también aparecen las sensibilidades eclesiales, planteamientos misioneros y espiritualidades que se confrontan, y no siempre se tienen herramientas, recursos y perspectivas para encajar la diferencia en un contexto de comunión más genérico.

### **Más allá de nosotros mismos**

Algunas diferencias podemos decir que son internas, pero las externas son las más evidentes. Nuestras asambleas han empezado siempre orando y teniendo bien presente que cada encuentro y el hecho de compartir es un verdadero don que el Espíritu nos hace. Lo hemos agradecido sinceramente.

Puertas hacia fuera, frente al resto de la sociedad, creemos que se ha producido una cierta sorpresa, en dos sentidos. Primero porque se ha podido observar una Iglesia-comunidad-abierta, que escucha y quiere aprender a escuchar, que acoge, que deja expresar el propio pensamiento, y que quiere responder con valentía y generosidad a lo que Dios nos propone en este momento de la historia. Después, porque no siempre ha habido suficiente destreza para invitar, implicar y acoger las realidades sociales más alejadas. Los llamados no creyentes tienen sus propias historias personales, y a ellos también Dios los ama y les da su propio Hijo, Jesucristo.

## **LAS CONTRIBUCIONES RECOGIDAS**

### **APORTACIONES POSITIVAS**

#### **Una llamada del Espíritu: la pequeñez**

Un dato muy presente en las aportaciones ha sido el de detectar positivamente las pequeñas realidades de comunión que ya se viven. Velar por el sostenimiento de estas expresiones informales de comunión, repetidas en la vida cotidiana, en expresiones de verdadera amistad o de una vecindad sincera nos acercan a la experiencia de caminar juntos.

Estas manifestaciones de comunión, aunque sean realidades muy sencillas, nos hacen ver que estas relaciones nos acercan a unos y a otros, haciéndonos descubrir que éstas son un verdadero motor de la vida cristiana.

La experiencia de la sinodalidad ha hecho que pudiéramos darnos cuenta de su existencia, y crecer en la sensibilidad por tender puentes hacia todos los que compartimos la presencia en nuestras comunidades. El hecho de detenernos, vernos y compartir nos ayuda a saber que no somos sólo seres individuales que frecuentan un espacio sagrado durante un tiempo acotado, sino que somos responsables de la buena marcha, aunque nuestra aportación sea, a nuestros ojos, insignificante.

#### **La diferencia compartida: una perspectiva de esperanza**

Vivimos, cada vez con mayor frecuencia, un individualismo y una fragmentación más que notables, pero el sínodo nos ha ayudado a ver en estos elementos una llamada más profunda a la comunión. La dinámica sinodal ha sido provocadora en el sentido de que hemos tenido que escucharnos, salir de nuestros mundos, abrirnos al otro, resituarnos para que todo el mundo pueda encontrar su espacio. Esta visión nace de la oración, de la vida arraigada en los sacramentos, de la firme convicción de que Dios nunca abandona a aquellos que con sinceridad le abren su propio corazón. Somos diferentes, sí, pero también somos un pueblo que quiere escuchar a Dios que nos dice: «este es mi Hijo, escuchadlo».

#### **Actividades compartidas: La Eucaristía, lugar central de la sinodalidad**

Las propuestas pastorales que se llevan a cabo y que se plantean desde las parroquias son aquellas que responden a necesidades e inquietudes diversas. La promoción y mejora de estas actividades nos ayudan a crecer en la vida cristiana, no sólo porque desde las parroquias "se hacen cosas por los demás", sino porque son caminos que quieren tender al reconocimiento, dignificación y acompañamiento de los demás.

De todas las acciones se reconoce, con mucho, que la Eucaristía es el lugar de encuentro por excelencia con Dios y con los hermanos. Es entonces cuando vivimos el caminar juntos. La falta de presbíteros reduce la atención a tantas comunidades dispersas, pero también se reconoce y valora el esfuerzo de querer llegar a todas ellas.

Junto a la Eucaristía hay que mencionar tantas otras oportunidades (conferencias, cursos bíblicos, oraciones, campañas de solidaridad), que quieren ser aglutinadoras de sensibilidades, intereses y personas. El tono de complicidad que se genera entre laicado y clero, facilita y estimula a un mayor crecimiento de la mutua comprensión, porque se emplea un mismo lenguaje de coherencia y servicio, dentro y fuera de la Iglesia.

### **Unas relaciones liberadas y liberadoras**

Unos y otros nos descubrimos más cerca cuando nuestras relaciones apuntan a la madurez de vida, a la coherencia de nuestra fe. Esto se detecta de forma muy sensible en el vínculo entre ministros y fieles, todos bautizados, pero con roles diversificados dentro de la comunidad. La comprensión de que todo ministerio, sea cual sea, es una expresión de servicio, y por tanto, un compromiso sincero de ponerse de rodillas delante de los demás, como hizo Jesús con sus discípulos en la última cena, es el punto de partida para poder entender de modo sano los diversos ministerios, erradicando de raíz cualquier sombra de la cultura del poder, y generar relaciones de fe marcadas por el don de la libertad.

El buen entendimiento entre presbíteros y laicos genera una sintonía que se convierte, generalmente en poco tiempo, en un sentimiento de comunidad notable. Es entonces cuando las implicaciones son más numerosas y también más generosas, no sólo en el área litúrgica (lectores, sacristía, música, colaboraciones diversas), sino también en el campo de la formación (catequesis, grupos bíblicos, grupos de oración) y del anuncio de la fe (pastoral de la salud, Manos Unidas, Caritas).

Este sentimiento comunitario tiene sin duda una clara correspondencia con el tipo de relaciones que se generan internamente en la comunidad. Los encuentros marcados por la transparencia y la acogida sincera generan relaciones que tienden a la madurez, y ésta al crecimiento en la libertad, que nunca deja de ser en sí mismo un misterio. La libertad no es el resultado de una fórmula aritmética, sino el descubrimiento del don del Espíritu en nosotros, un Espíritu que se percibe especialmente cuando se delegan responsabilidades. De ahí el gozo de la sinodalidad, cuando todos nos descubrimos responsables, pero no imprescindibles. Un ejemplo concreto de este crecimiento ha sido últimamente la presencia del laico en el campo de las exequias.

### **Más allá del templo**

Se valora de forma positiva la presencia de la Iglesia en aquellos acontecimientos sociales, a nivel municipal especialmente, que expresan un sentido de justicia, de solidaridad y de empatía con situaciones humanas de vulnerabilidad. Ésta también es una forma de expresar y cuidar la dimensión social de la evangelización, propia de la Iglesia.

Así, también se ve de forma positiva que aquellas celebraciones arraigadas en el imaginario colectivo (*vía crucis*, ferias, romerías y peregrinaciones), sean momento de acogida y de invitación a aquellos sectores de la sociedad que sienten una necesidad religiosa, por cuestionable que ésta pueda ser. La imagen de una Iglesia



que sale a la calle y, al mismo tiempo, una Iglesia acogedora, hace crecer la red de relaciones humanas, y las posibilidades de encontrar motivos para diálogos posteriores más profundos en el campo de la fe.

Es cierto, que la emergencia sanitaria de la covid ha sido un golpe inesperado y sobrecogedor, pero también hay que recordar que ha hecho florecer muchas actitudes de hermandad, de complementariedad, de aproximación entre unos y otros. Las parroquias no se han quedado al margen, sino que han generado, tanto como han podido y sabido, dinámicas para superar los cierres, los aislamientos y los anonimatos, tan hirientes para la comunidad y para la evangelización. Se ha deseado acompañar y superar cualquier realidad que evoque soledad.

### **La fe: comprometida y realista**

No olvidemos la confesión de la fe como un factor decisivo para hablar de la comunión. La experiencia de la sinodalidad también apunta a la necesidad de un buen conocimiento del depósito de la fe, que se mantiene bien vivo en tantas y tantas situaciones y eventos eclesiales.

Nos referimos no a un discurso teórico de la fe, abstracto, intelectual, sino a un discurso capaz de ser una concreción en los planteamientos de evangelización diocesana. Admitimos que este recorrido interno ha sido precedido en nuestro obispado por diversos planteamientos anuales, presentados como objetivos diocesanos, desde la corresponsabilidad eclesial diocesana, hasta la propuesta de evangelización en crecimiento.

Por último, entendemos que la fe que nos ayuda a caminar verdaderamente, es aquella que no se presenta como una protección hacia lo desconocido, sino que se adentra por los caminos del diálogo, la oración y el servicio. Una fe que vive en la madurez es compromiso y expresión de aceptación de la realidad.

## **APORTACIONES NEGATIVAS**

### **Desde el mundo eclesial**

Las imágenes que predominan de la Iglesia no son siempre placenteras ni satisfactorias. Aunque muy vinculadas al mundo de la superficialidad y de los estereotipos, se percibe con dolor cuando la Iglesia se presenta distante del pueblo y se acerca con mayor facilidad a los puestos de decisión y poder. Esta imagen se vuelve a dar de forma más explícita si se observan los criterios de actuación en relación a la economía, en detrimento de una aproximación más explícita al mundo de las pobrezas, del paro, de la inmigración, del que se ha llamado el mundo de las periferias existenciales.

Los criterios relativos a la economía o a la gestión del patrimonio no son siempre transparentes, y se cree que además existe una falta de sintonía con el ritmo del mundo.

En cuanto a la acogida, se perciben dificultades para mantener un rostro acogedor en la Iglesia, especialmente frente a situaciones humanas complejas y edificadas con otros parámetros. La diversidad de planteamientos humanos no siempre



encuentra un eco de integración en el seno de la Iglesia, y al final se acaba ignorando u olvidando y hay que recordar que estas trayectorias humanas también buscan y viven la fe.

Mencionamos también con tristeza y dolor la realidad de la existencia de la cultura del abuso. En el caso de las víctimas infantiles y juveniles, es necesario investigar y actuar con celeridad, no sólo con actos litúrgicos de petición de perdón, sino también propiciando escenarios testimoniales que sean de sanación interior profunda. Reconocer la realidad y ser transparentes. No hacerlo o no decir nada es motivo de descrédito y desconfianza. Hay que decir que existe un miedo muy extendido de tratar estas cuestiones, y cuando se hace, aparece más la condena que la misericordia.

En cuanto al mundo de la liturgia, éste debe revisar el lenguaje y sus expresiones, no el mensaje. Esto aparece como una petición muy insistente en el mundo de los niños y jóvenes. Es importante que las celebraciones no tiendan a hacer de la expresión de la salvación algo enigmático y alejado de la vida humana. Sería bueno dinamizar el encuentro litúrgico a través de una estima profunda por la simplicidad, rasgo propio de los evangelios.

### **Desde el ministerio**

El conocimiento de la falta de presbíteros es algo repetido hace tiempo. La estadística ministerial no invita a la esperanza, y muchas comunidades parroquiales viven el dolor de la ausencia del presbítero. Las celebraciones de la Palabra, a la espera del presbítero, son vividas con paz pero también con cierto regusto de carencia, cada vez más pronunciada. Al mismo tiempo, dentro del obispado, muchas otras comunidades aprecian el don del ministerio presbiteral, dan gracias, y viven su presencia con gozo, hasta el punto de manifestar una verdadera estima hacia ellos.

Las causas del bajón vocacional en el ministerio presbiteral son muchas y variadas, pero parece que una de éstas es la no comprensión del celibato como obligatorio. El choque cultural de esta opción causa extrañeza y distancia entre los jóvenes.

Volviendo al ámbito del ministerio presbiteral y a todo lo que se deriva, causa sorpresa y falta de comunión la manera de vivirlo si esta experiencia se reduce a una pura gestión administrativa o a una dedicación parcial, o bien a una actitud de alarde de poder, y por tanto, de un desafortunado clericalismo y cierre. La salud de las comunidades no depende del ministerio, pero el ejercicio del ministerio influye, y mucho, en la comprensión de las relaciones humanas dentro de la comunidad.

### **Desde la juventud**

Admitimos con mucha sinceridad una falta de conexión con las nuevas generaciones, tanto con la juventud, como con aquellas realidades de cristianos que habían recibido el bautismo de niños, pero no han estado nunca ni acompañados, ni formados, ni escuchados y hoy se encuentran desatendidos y lejos de una vida de fe en la Iglesia.

Nos damos cuenta de que las estadísticas son muy contrarias al incremento de realidades juveniles, a pesar de la existencia de grupos organizados que han nacido al reparo de la parroquia (grupos de confirmación, grupos de acción católica, grupos de educación en el ocio). Los propios grupos juveniles descubren que han perdido el sentido de tantas buenas tradiciones que se habían mantenido en otro tiempo, pero el traspaso de los relevos ha debilitado la existencia de dinámicas y referentes cercanos que provenían de la parroquia. La juventud no rechaza la fe, sino que pide poner en valor la fe, no por una sola asistencia litúrgica o presencia formal en los consejos parroquiales, sino por la creación de espacios y experiencias de diálogo y acompañamiento.

La atracción de la Iglesia no convence si ésta no viene acompañada de la existencia de espacios de diálogo. Se percibe demasiado a menudo una mirada de juicio y no una voluntad de acogida. Se desea mayor capacidad para comprender la realidad pero sin perder el sentido profundo de la amistad que Jesús propone.

### **Desde la mujer**

También se manifiesta de forma generalizada, y no con ánimos de generar una situación polémica, la necesidad de poner en valor el protagonismo de la mujer. Un buen número de mujeres son las que se hacen presentes en la vida más cotidiana de nuestras comunidades, pero a niveles de organización diocesana o de presencia en el ámbito de la Iglesia universal, parece que falta una representación más numerosa, como también una mayor confianza en ellas para aceptar la responsabilidad que de ellas puede derivarse.

Queda abierta la situación de la mujer en relación al ministerio ordenado, que sin romper nunca la comunión en la Iglesia, debería debatirse con intensidad, lejos de los estereotipos culturales que fraccionan la realidad, pero también con el fin de discernir su existencia, como ya se dio en la antigüedad en relación a la presencia de diaconisas.

### **Otras cuestiones**

Aparecen otras cuestiones negativas para la vida sinodal en la Iglesia. Los grupos han recogido muchas. Mencionamos en formato casi telegráfico las más relevantes. Mencionamos la importancia de crecer en una mayor comunicación entre los miembros de las comunidades parroquiales. El cierre genera individualismo, soledad, y al fin y al cabo, incapacidad para poder ponerse en camino. A veces cabe decir que falta comunicar noticias positivas. La negatividad influye destructivamente en nuestra visión, y puede perjudicar nuestro estado de ánimo y nuestra oración. Ni que decir tiene que las noticias negativas, ya son suficientemente conocidas, e incluso, es necesario saber que muchas de ellas vienen a airearse con una voluntad de oposición a la propia Iglesia.

Hay que mencionar una realidad cada vez más normalizada de tantos cristianos que se mueven por todas partes. Esta movilidad a veces se lee negativamente para poder estabilizar los diversos proyectos pastorales parroquiales, al tiempo que desfiguran a menudo otras comunidades receptoras del fenómeno turístico. Cabe

recordar también que muchos horarios laborales no facilitan la vida familiar ni la vida comunitaria. De ahí aparece una carencia de compromiso y de proactividad por parte de posibles agentes laicos de pastoral.

Más aún, esta movilidad comporta una vivencia cultural compleja, ya sea por la cuestión del idioma, por la cuestión de las tradiciones populares, entre otras. Esta mezcla cultural que viven muchas comunidades no se sabe demasiado cómo puede ser afrontada y acompañada, y por eso la sinodalidad aparece como un deseo muy lejano.

No podemos descuidar, en ningún caso, el estado de salud espiritual que a veces no cuenta con momentos de consolación, y por tanto, puede afectarnos por una falta de humildad, de una escasa participación, de una alegría decadente, de una pérdida del sentido de esperanza, de una devaluación de lo sagrado, y por tanto, de una rebaja sobre el sentido del pecado, así como de una valoración escasa de la propuesta moral católica. Este panorama puede suponer la petrificación de nuestros espacios eclesiales, eternizando procesos de decisión y dando la sensación de no aceptación del cambio, como concreción final del discernimiento.

## **CONCLUSIÓN**

### **Una experiencia agradecida**

El camino iniciado con la propuesta de recuperación de la sinodalidad nos ha ayudado a tomar mayor conciencia de nuestra pertenencia eclesial y nuestra responsabilidad misionera. Ha sido una vivencia que nos ha hecho crecer en la responsabilidad, de esto damos gracias.

1. Los compañeros de camino: damos gracias por todos aquellos con quienes hemos podido compartir las cuestiones que se han propuesto. Nos hemos podido conocer y reconocer como cristianos que no estamos tan lejos como a veces creemos. Hemos intuido la fuerza del Evangelio, al poner en labios de Jesús que nosotros «somos sus amigos». El camino de la amistad tiene una estrecha relación con el camino sinodal y con todos aquellos que se predisponen a recorrerlo.
2. Escuchar: damos gracias por la oportunidad y el tiempo dedicado a escucharnos, y sobre todo a prestar atención a cómo Dios también se quiere comunicar con nosotros a través del ejercicio de una escucha activa. Creemos que la necesidad de escucharnos es importante, pero mucho más aún la de escuchar la Palabra de Dios, como guía para nuestras comunidades.
3. Tomar la palabra: damos gracias por haber vivido el reto de expresar con nuestras propias palabras lo que ha sido fruto de nuestro discernimiento. Ha sido una exigencia que nos ha puesto de manifiesto la necesidad de no descuidar la necesidad de la formación, así como de razonar lo que a veces parece evidente para nosotros, y no tanto para el mundo que nos rodea.



4. Celebrar: damos gracias porque el sínodo nos ha mostrado la importancia y la absoluta necesidad de la oración. Se entiende que la Eucaristía es un punto focal, donde converge todo y de donde se deriva todo. Deseamos ser de quienes ponemos en relación nuestras celebraciones con nuestra vida cotidiana, tendiendo a la vivencia de la fe, según el Espíritu, y a la consecución del Reino de Dios, sin descuidar la promesa de las bienaventuranzas que Jesús nos propone.
5. Corresponsables en la misión: damos gracias porque hemos percibido la alegría de ser misión, y por tanto, de ser de quienes invitamos a la fe a aquellos con quienes compartimos la vida. Nos hemos reconocido a la vez como discípulos y misioneros, es decir, de los que siguen con paso firme el Espíritu de Dios, y de los que a veces nos situamos humildemente como referentes en el camino para otros hermanos nuestros, creyentes y no creyentes.
6. Dialogar en la Iglesia y en la sociedad: damos gracias por haber crecido en la habilidad de abrirnos al diálogo y recurrir a él tanto en ambientes internos como en ambientes externos. Queremos ser dialogantes con todos y de los que cuidamos el diálogo, no como una estrategia evangelizadora, sino por el convencimiento de que éste es el camino para entendernos personalmente y para hacer de la fraternidad una meta común posible.
7. Con las demás confesiones cristianas: damos gracias por haber conocido la llamada de Jesús a la unidad. Nos sentimos muy invitados a construir puentes de relación con los hermanos de otras confesiones cristianas. Para nosotros la sinodalidad quiere ser siempre, y lo aceptamos con gozo, una expresión inclusiva de la salvación.
8. Autoridad y participación: damos gracias porque la sinodalidad nos ha abierto a una mayor implicación personal y eclesial a favor de la misión, especialmente en el ámbito de nuestras parroquias, pero entendemos al mismo tiempo que la sinodalidad reclama reconocer una autoridad final movida por el Espíritu Santo, que genere comunión.
9. Discernir y decidir: damos gracias por profundizar el camino de la fe a partir del discernimiento y de la toma de decisiones. No entendemos que las cuestiones difíciles no sean tratadas, sino justo lo contrario, que la valentía de vivir unidos al Espíritu de Jesús nos mueva a tomar las decisiones más adecuadas, según la propuesta de Jesús.
10. Formarse en la sinodalidad: damos gracias porque nos hemos dado cuenta de la importancia y la necesidad de formar, cuidar y cultivar nuestra fe, no para reducirla a un conjunto de razonamientos y formularios, sino para entender con mayor profundidad que la sinodalidad no es una cuestión pasajera, sino constitucional de nuestra Iglesia.



## PRÓXIMOS PASOS

### **A nivel parroquial, comunidades religiosas, movimientos, asociaciones**

Entendemos que las realidades de evangelización más cercanas a la vida cotidiana de la gente deben revestirse de actitudes entusiastas, dialogantes, familiares y atractivas porque están centradas en Jesús, por eso la preocupación por la vida interior no será una cuestión anecdótica.

Las parroquias deben convertirse en lugares de crecimiento y formación espiritual, es decir, en templos de vida, llenos de la vida del Dios que nos ama infinitamente. Esto significa que habrá que frecuentar la lectura de los evangelios, así como los grupos que comparten el evangelio, los grupos de oración, e incluso, convertirse en creativos en las propuestas de evangelización, como mantener las puertas del templo abiertas.

No se descuidará la dimensión comunicativa de la entidad parroquial, ya sea ofreciendo actividades y proponiéndolas no sólo para sus miembros habituales, sino también con la intención de llegar a los más alejados, aquellos que sin embargo pueden sintonizar con la propuesta de Jesús. Las parroquias nunca pueden descuidar que son lugares de encuentro y de acogida, de servicio y de alabanza, y es en ellas donde la Iglesia muestra su voluntad de relación con el mundo.

La comunidad que crece en un lugar determinado no puede ser nunca excluyente, sino que se esforzará por crecer en la caridad y en la fraternidad, acompañando siempre a los más débiles, a los que están de luto, enfermos o pasan alguna dificultad.

Las parroquias habrán pensado los caminos más idóneos para una evangelización significativa, sin dar nunca por terminado el proceso de crecimiento en la fe, y por tanto, con la voluntad de acompañar la madurez en la fe (retiros, momentos de oración, grupos de acción católica, prácticas de piedad). No tendrán miedo a dinamizar la liturgia dominical (grupos de preparación de homilía, cantos, lecturas), para actualizar el lenguaje, no para cambiar el mensaje.

De la misma manera es necesario que las parroquias adopten sin miedo los criterios de una mayor transparencia económica, así como pensarán y concretarán acciones sociales muy concretas para subrayar la dimensión del compromiso en el mundo (Cáritas, Manos Unidas, proyectos de voluntariado).

### **A nivel diocesano**

La diócesis no se olvidará de acompañar y estabilizar en la madurez el entusiasmo que el sínodo haya podido generar, no para poner agua al vino, sino para acompañar la vida cristiana hacia la santidad.

Se tendrá en cuenta que la vida sacramental sea siempre realizada con la intención de llevar a cabo una evangelización paulatina, pedagógica, de aquellos que se acercan a la Iglesia. El obispado velará por que los proyectos evangelizadores tengan las herramientas y los recursos más adecuados.

No se ahorrarán esfuerzos para acortar las distancias dentro del propio territorio, a través de potenciar redes de comunicación, de relación y de acompañamiento



oportunos, pero más importante que las estructuras diocesanas son las personas (reconocidas dignamente según su origen, su cultura y su identidad, pero también llamadas a la integración). Los creyentes deben ser apoyados y acompañados.

La corresponsabilidad no será tenida como una anécdota, sino que pasará por ayudar a fomentar una vida cristiana propia del evangelio, y una debida competencia para que los laicos, pensando también en las mujeres, asuman responsabilidades de dirección.

El obispado tendrá en cuenta todos los nuevos medios de comunicación y otros provenientes del mundo de la tecnología, pero sin caer en el peligro de convertir el obispado en una organización perfecta, donde no hubiera espacio para la acogida personalizada.

### **A nivel de la Iglesia universal**

Entendemos que el sínodo nos ha pedido proyectar una imagen más propia de la Iglesia de Dios, humilde, esperanzada, coherente y que transmita felicidad y confianza.

La nueva evangelización tiene sus propios ritmos, pero se desea que los procesos de discernimiento eclesial no sean nunca ni precipitados ni eternos.

Sería necesaria una palabra adecuada a causa del gran choque cultural que se vive en el seno de la Iglesia, así como una propuesta valiente a favor del acompañamiento hacia los jóvenes.

Se hace necesario seguir discerniendo sobre el celibato obligatorio para los presbíteros, así como la manera de exponer la credibilidad y el valor de esta realidad, pero también para educar a aquellas parejas que se sienten llamadas al matrimonio cristiano.

Se ve muy importante que la Iglesia sea sacramento del diálogo, y por tanto favorezca la intención de llegar al corazón de las personas. En el campo litúrgico la Iglesia no puede descuidar su capacidad profética, y en el campo de la misión la Iglesia no puede abandonar la llamada a la unidad, centrada en el don de la Eucaristía.

Por último, la Iglesia universal llamada a una constante conversión, desde el último bautizado hasta el obispo de Roma, debe ser buena maestra en el discernimiento, tanto para respetar y acoger formas diferentes de vivir, como para mostrar el buen camino hacia la comunión.

Sant Feliu de Llobregat, 9 de junio de 2022.



*Joan-Pere Pulido i Gutiérrez, pvre.*  
Secretari general i Canceller